

1. DECLINANDO

TAN GRANDE COMO UNA MONTAÑA

La literatura «tan grande como una montaña»¹ que con el tiempo se ha ido acumulando a propósito de la izquierda y del socialismo se divide aproximadamente en tres segmentos: el que trata sobre la naturaleza de la izquierda y su articulación en tendencias, movimientos y fracciones, el que habla sobre los horrores de los regímenes comunistas y, más recientemente —ha florecido a caballo entre el siglo XX y el XXI— el que gira en torno al intento de responder a la pregunta: «¿La izquierda tiene un futuro?»², o a su variante actual, con la que a

¹ Así (*mountainous literature*) la calificaba Anthony Giddens, *Beyond Left and Right*, Cambridge, Polity Press, 1994, p. 52 [*Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1996]. Giddens señala también que «a diferencia de los conservadores, los socialistas no han ahorrado esfuerzos a la hora de poner por escrito sus ideas, ni se han inhibido de hacerlo por motivos filosóficos». Sin embargo, a pesar de esa abundancia, a juicio de Giddens «la identidad del socialismo es esquiva».

² Giorgio Ruffolo se hacía esa misma pregunta en 1992, en su lúcido ensayo «Il fischio di Algarotti e la sinistra congelata» [El silbido de Algarotti y la izquierda congelada] (*MicroMega*, 1992/1 pp. 119-145) al que me referiré

menudo se presenta: «¿Sigue habiendo diferencias entre la derecha y la izquierda?».

La enorme proliferación de los textos del último segmento (que, al igual que los otros dos, se ha convertido casi en un género literario) se explica si uno mira a su alrededor con un poco de atención. En efecto, esa producción de ensayos tiene como trasfondo una preocupación real y seria. En la década que está a caballo entre el siglo XX y el XXI se han observado fuertes avances de la derecha en varios países: en Francia, en Dinamarca, en España, en Alemania, en Holanda y en Estados Unidos. Por no hablar de los países excomunistas, como Polonia, que entre 2005 y 2006 escogió una vía explícitamente de derechas, con tintes nacionalistas, xenófobos y autoritarios, y con el añadido provocador de una insupportable nota familiar³, o como Hungría, que desde 2009 está en manos de un gobierno de extrema derecha; y de Suecia, que en 2006 giró hacia la derecha, quebrando una tradición socialdemócrata que tenía a sus espaldas décadas de una historia respetada y envidiada. En 2007, Francia confirmó la presidencia de la República a la derecha, entregándose a un hombre que en anteriores ocasiones había dado sólidas pruebas de que sabía utilizar el puño de hierro. Mientras tanto, en 2007, la presencia de la izquierda en el Parlamento Europeo se ha-

varias veces. Casi veinte años después, la cuestión sigue siendo la misma, y resulta aún más apremiante y seria. En otros casos, la pregunta se formula de una forma más drástica, como en el doble sentido del título del libro de Nick Cohen, *What is Left? How Liberals Lost their Ways*, Londres, Fourth Estate, 2007. [El doble sentido consiste en que en inglés la pregunta del título puede significar al mismo tiempo «¿Qué es la izquierda?» y «¿Qué ha quedado?» (*N. del T.*)].

³ Dos gemelos en el poder, uno como presidente de la República y otro como presidente del Gobierno: no creo que en la historia moderna de Europa se haya visto alguna vez semejante concentración familiar de poder.

bía estancado en el 26 por ciento; en la práctica, tan solo una cuarta parte de los electores europeos escogía a la izquierda.

Por efecto de esos hechos, hoy en día en Europa son muchos los que se preguntan si la izquierda volverá a tener alguna vez un papel en la gestión de los asuntos políticos, y sobre todo en la creación de ese patrimonio de ideas y de valores compartidos que constituye la mentalidad colectiva. Los intentos de dar respuesta a las preguntas que he mencionado han dado lugar a bibliotecas enteras, y la discusión se ha extendido a las columnas de los periódicos y a las pantallas de televisión y de cine⁴. Preguntas de este tipo se las plantean los sujetos institucionales visibles, como los partidos, los sindicatos y similares. Con una insistencia aún mayor, pero en silencio, se las plantean también los ciudadanos, cada uno de nosotros, que no nos dedicamos a la política como profesión pero que querríamos ver realizados durante nuestra existencia, y no en un futuro remoto e indeterminado, determinados propósitos a los que hemos dedicado nuestra confianza, nuestras energías y nuestras esperanzas. Nos vemos obligados a plantearnos interrogantes parecidos cuando pensamos en los años que tenemos por delante, y más aún cuando, al mirar a los ojos a nuestros hijos y nietos, nos imaginamos qué mundo les aguarda, es decir, qué mundo han dispuesto para ellos las tres últimas generaciones (incluida la nuestra).

Pese a que el resurgir de este tema pueda parecer incluso tedioso, el «futuro de la izquierda» es una cuestión apremiante. Lo que vuelve a plantearla es la propia con-

⁴ Sobre la naturaleza de la izquierda y de sus fracciones reflexionan a menudo, con unos resultados de una calidad irregular, las películas de Ken Loach.

dición de la modernidad: en efecto, la globalización vuelve a poner sobre el tapete una variedad de temas políticos que parecían haber desaparecido de la agenda de las cuestiones urgentes o de las modas, y que actualmente afectan no solo a los vivos sino también a sus descendientes y herederos. Entre estos temas está la terrible pregunta: «¿Realmente tenemos que resignarnos al capitalismo?»». Ya casi nos habíamos olvidado de preguntas como esa desde los años ochenta, y tras la caída del Muro de Berlín ya nadie pensaba en ello: el final de los comunismos históricos permitía pensar que el capital era la única alternativa político-económica concebible. Puesto que —se decía— el capitalismo es a fin de cuentas la forma menos peor de poder moderno, lo que hay que hacer es vigilarlo de cerca para impedirle que traspase los límites.

Actualmente esa pregunta vuelve a replantearse pesadamente, agravada por el hecho de que lo que tendremos ante nosotros para el futuro ya no es el antaño feroz capitalismo multinacional que aprendimos a conocer, sino un capitalismo *planetario*, voraz, envolvente y de una nueva especie. (No basta con que el Papa declare que el capitalismo, al igual que el marxismo, ha fracasado en la historia⁵: la historia no siempre se ajusta a las opiniones papales. El capitalismo está vivo y en buena forma).

Incluso tras echar una ojeada sumaria, hoy resulta difícil sostener que alguna idea de la izquierda ha modelado el mundo en profundidad, o imaginar que conseguirá hacerlo en un futuro no demasiado lejano. La izquierda parece haber agotado su siglo y medio de historia sin echar raíces estables en la realidad política y en la mentalidad general. Desde hace tiempo, la parte eco-

⁵ En un discurso pronunciado en Aparecida, en mayo de 2007, durante un viaje a Brasil.

nómicamente más avanzada del mundo tiende hacia la derecha⁶; insignes tradiciones democráticas (como el laborismo inglés o los socialismos italiano y francés) se han ido desvirtuando hasta volverse irreconocibles, o se han adulterado hasta desaparecer; los regímenes que apelan manifiestamente a los principios de la izquierda (Cuba, Venezuela, Libia..., por no hablar de Corea del Norte) parecen más bien torvas o penosas caricaturas que ejemplos a exportar.

Mientras que el panorama político se ve encrespado por estos escalofríos de inquietud, en la esfera conceptual se ponen en duda o se ridiculizan determinadas conquistas históricas, grandes y pequeñas, de la izquierda, precisamente en los países en donde se lograron. Por poner un ejemplo concreto, en Italia recientemente ha sido objeto de fuertes críticas y objeciones el significado de la fiesta del 1º de Mayo; a un nivel más alto, ya se pone en duda por doquier el Estado del Bienestar y su sostenibilidad. Mientras tanto, los partidos de izquierdas se fragmentan, y se deslizan hacia otros partidos (incluso de signo contrario) o se disuelven. Es el caso del Partido Socialista en Italia, que se desintegró en los años ochenta sin dejar rastro y sin que el pueblo se rasgara las vestiduras, mientras que, con cierta dosis de desfachatez, siguen declarándose socialistas (aunque nadie les toma demasiado en serio) sus numerosos componentes que mientras tanto habían emigrado, con las más variadas motivaciones y sin inmutarse, a la coalición liderada por Berlusconi.

Se puede rebatir que también hay indicios de signo positivo, que deberían bastar para consolar a los que dudan: por ejemplo, los partidos de la izquierda refor-

⁶ Me estoy refiriendo a Europa, a los países de tradición histórica europea, a los países no islámicos y no africanos.

mista han obtenido distintos éxitos electorales, como en España en 2004 y en 2008, en Portugal en 2005, en Italia en 2006 o en Dinamarca en 2011. Sin embargo, esas argumentaciones no son suficientes para devolver la esperanza, y ya ni siquiera para sencillamente levantar la moral. Las victorias electorales, pequeñas o grandes, no bastan para convencernos de que la izquierda esté recordando fuerza como aglomerado histórico de esperanzas, intereses, tradiciones, propósitos que siguen apasionando a millones de personas. Y mucho menos puede convencernos de que verdaderamente haya penetrado en las conciencias algún tipo de valor real de izquierda. Lo único que ocurre es que este o aquel partido que apela a la izquierda ha tomado el poder de forma más o menos estable en este o aquel país.

El conjunto de convicciones que antaño se denominaba «los ideales de la izquierda» parece estar empañado y en declive. La tendencia negativa se manifiesta a lo largo de un horizonte geográfico muy amplio, que abarca casi todo el Primer Mundo y una parte considerable del Segundo: en otras palabras, lo que va hacia la derecha es Occidente en su integridad, o por lo menos adopta una distancia cauta pero inequívoca respecto a la izquierda.

Al decir «Occidente» me refiero a Europa —salvo Rusia y las repúblicas exsoviéticas, que tienen un pasado y un futuro políticos muy peculiares y de difícil interpretación— y, con un grado de intensidad mucho menor, a Estados Unidos. Esta selección requiere algunas puntualizaciones.

En primer lugar, no tengo en cuenta a Latinoamérica, que a menudo la gente tiende a considerar un retoño, aunque sea autónomo y remoto, del Occidente europeo. En efecto, la relación de parentesco entre Latinoamérica y Europa me parece insostenible. En muchos países

latinoamericanos se cultivan propensiones y *malos usos*⁷ que resultarían difíciles de digerir en el Occidente europeo: la tendencia golpista, paternalista o autoritaria de muchos de sus gobiernos y de sus clases dirigentes; la tolerancia ante formas insoportables de separación entre ricos y pobres o de explotación de los recursos humanos y naturales; la aceptación de formas extremas de miseria; la eliminación física o la exclusión de los adversarios políticos como método; el empleo de sistemas autoritarios y populistas que desde Europa consideraríamos de baja calidad. Muchos regímenes latinoamericanos actuales que se presentan como «socialistas» o «de izquierdas» (como los de Chávez en Venezuela o Evo Morales en Bolivia) no podrían ser reconocidos como tales desde la perspectiva europea.

Por el contrario, si incluyo a Estados Unidos en la categoría de «Occidente», lo hago con cierto esfuerzo. La asimilación exige cuidadosas matizaciones. En efecto, Estados Unidos no es exactamente «Occidente», sino que ya no es más que una «metonimia» de Europa (como ha apuntado magistralmente Boris A. Uspenski)⁸: está próximo a ella desde un punto de vista histórico, pero es una cosa distinta. Es el resultado de una larga lista de características: la aceptación generalizada de la pena de muerte (incluso por parte de los estadounidenses católicos); la casi total ausencia de *welfare* (sobre todo en materia de sanidad); la discriminación racial que se practica sin pudor en diferentes estados; la venta libre de armas y la ideología falsamente liberal que la sostiene; el contraste entre un derecho civil refinado hasta el

⁷ En castellano en el original. (*N. del T.*).

⁸ B. A. Uspenski, «Europa como metáfora y como metonimia», conferencia inédita (2006).

extremo y un derecho penal sumario y basado en la riqueza; la despiadada gestión de las cárceles (a menudo en manos de empresas privadas); la percepción de una incomprensible superioridad ético-política por parte de los estadounidenses respecto al resto del mundo y de la necesidad de reafirmarla incluso mediante la fuerza; la mezcla de «espíritu de libertad» y «espíritu de religión» (dos expresiones de Tocqueville que siguen siendo válidas para describir eficazmente uno de los rasgos profundos de la mentalidad estadounidense)... No obstante, a pesar de estas características⁹, que mantienen a Estados Unidos a una considerable distancia del Occidente europeo, en el razonamiento que sigue tendré como horizonte la pareja Europa + Estados Unidos, aunque mi referencia principal será obviamente Europa¹⁰.

SOPLA EL *ZEITGEIST*

Por tanto, creo que realmente vale la pena preguntarse, en el umbral de este oscuro siglo XXI, si entre las muchas cosas que el futuro próximo relegará al ocaso también estará la izquierda.

⁹ Los rasgos distintivos que propongo en el texto deben contrastarse con los sugeridos por Jürgen Habermas en un famoso artículo suyo publicado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (31 de mayo de 2003). Una brillante relación de otros posibles criterios para distinguir a Estados Unidos de Europa puede encontrarse en el capítulo 3 del libro de Timothy Garton Ash *Free World*, Nueva York, Random House, 2004 [*Mundo libre: Europa y Estados Unidos ante la crisis de Occidente*, Barcelona, Tusquets, 2005].

¹⁰ Por otra parte, en el mundo islámico, en China y en otras grandes áreas de Oriente —entre ellas, en primer lugar, India— no parecen en absoluto aplicables los criterios tan europeos de «derecha» e «izquierda», y tampoco, digan lo que digan, el de democracia en sentido pleno. Por esa razón voy a dejar fuera de mi razonamiento a dichas regiones.

Antes de buscar cualquier tipo de respuesta cabe decir inmediatamente una cosa: si tuviéramos que concluir que el declive está realmente escrito en el destino, podríamos entristecernos, pero no sorprendernos. Imperturbable y soberana, la historia ha dado las campanadas de la hora final de numerosas instituciones, usos, conceptos, objetos, ideales y esperanzas que tenían milenios o siglos a sus espaldas, y que incluso podrían parecer eternos. No se entiende por qué extraña razón no le pueda tocar esa misma suerte también a las ideas de la izquierda, que tienen a sus espaldas poco más de un siglo, y que tienen que cargar, junto a algunos éxitos, con el contrapeso de una enorme cantidad de decepciones, tragedias y derrotas.

En determinados casos el derrumbe de las cosas del pasado —incluidas las ideas— lo determina la pura y simple innovación tecnológica. Instituciones, tradiciones culturales, religiones, creencias, pueden verse desbordadas por la aparición de objetos técnicos nuevos. El teatro, que tenía a sus espaldas un historia de milenios, y parecía algo consustancial al hombre, se ha visto drásticamente redimensionado por el cine, y el mismo cine se ha visto arrastrado hacia el declive por el desarrollo de la televisión y de otros medios de reproducción. La milenaria costumbre de escribir cartas se ha visto gravemente afectada por el nacimiento del correo electrónico y de los SMS, que han modificado la forma de escribir los textos e incluso de concebir las relaciones entre las personas. En otros casos, el declive se debe al hecho, perturbador por lo inexplicable, de que determinadas cosas dejan de gustar en un determinado momento, dejan de estimular el deseo, «no tienen gancho», se vuelven *démodé* o anticuadas. En resumidas cuentas, tienen

en contra al *Zeitgeist*, al espíritu del tiempo, «el tiempo vital, lo que cada generación llama “nuestro tiempo”» —como explicaba Ortega y Gasset¹¹— ese conjunto de factores, tan vago y esquivo como se quiera, pero que cada uno de nosotros percibe con nitidez y que nos permite decir: «Hoy en día... últimamente... en cambio, antes...».

Cuando se activan esas percepciones quiere decir que la muralla invisible de un ambiente adverso está cortándole el paso a las viejas ideas (a lo «viejo»): si los dinosaurios desaparecieron por culpa de un cambio climático, no se comprende por qué las ideas de izquierdas no podrían acabar igual por culpa de un cambio cultural, por un vuelco en el *Zeitgeist* —que como todo el mundo sabe sopla hacia donde se le antoja, y no le pide permiso a nadie—. Es posible que se haya generado en torno a ellas un ambiente que las está asfixiando o —más simple e implacablemente— que provoca que no estén a la altura de los tiempos.

Ello vuelve a plantear la antiquísima «cuestión de la izquierda»: «es decir, la pregunta de si dicho *concepto* tiene todavía sentido político, o bien si debe entenderse como la matriz histórica de unas fuerzas que ya son diversas y de distintos tipos»¹², y acaso destinadas a desaparecer.

¹¹ J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, en *Obras completas*, tomo IV, Madrid, Taurus, 2005, p. 387. El capítulo se titula precisamente *La altura de los tiempos*, y es bien sabido que esa idea es una constante en la filosofía política de Ortega y Gasset.

¹² G. Ruffolo, *Il fischio... op. cit.*, p. 119 (cursiva en el original).

2. DESTENIRSE ANTES DE FUNDIRSE

EL CATÁLOGO ES ESTE

Casi ninguno de los grandes objetivos históricos de la izquierda ha logrado materializarse plenamente, y casi ninguno de sus ideales ha arraigado en los paradigmas políticos y sobre todo en la mentalidad colectiva de los países occidentales. No hablo de resultados en forma de leyes, normas y obligaciones, sino más en abstracto —y en las raíces— de convicciones, creencias, esperanzas, expectativas, de formas de pensar y de comportarse en la dimensión pública.

En este ámbito, el balance arroja una pérdida neta.

Si intentáramos hacer una lista de los resultados positivos que ha logrado la izquierda y que han arraigado en la mentalidad general, yo citaría los siguientes: la idea de *bienestar social*, con distintos matices, y a pesar de las enormes dificultades que crea en los balances de los Estados, se ha impuesto como uno de los requisitos esenciales de los países civilizados (¡pero no en Estados Unidos!); la enseñanza obligatoria es prácticamente universal en los